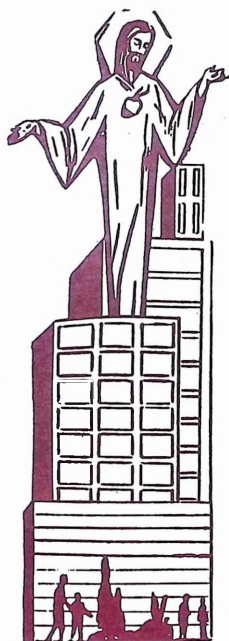




BOLETIN
MENSUAL
MAYO/JUNIO

Orden Tercera del Carmen

2012



*Míos son los cielos y
mía es la tierra.
Mías son las gentes.
Los ángeles son míos,
y la Madre de Dios
y todas las cosas, mías.
Y el mismo Dios es mío y
para mí,
porque Cristo es mío
y todo para mí.
¿Qué pides y buscas, alma mía?
Tuyo es todo esto y
todo es para ti.*

San Juan de la Cruz
(1542-1591)

LA ASCETICA DEL CARMELO

PRESENCIA DE DIOS

La serenidad del silencio profundo revela al alma la íntima presencia de Dios. Esta constituye una verdadera unión con Dios; y es fácil imaginar cuán a gusto se encuentra el Carmelo en ella y cuánto la estima.

No sólo las más altas concepciones místicas de nuestros grandes Reformadores son flores de esa realidad fecunda, sino también nuestra ascética propiamente dicha ahonda sus raíces en ella y en ella se desarrolla.

Escuchemos a San Juan de la Cruz: «Es de saber que Dios en todas las almas mora secreto y encubierto en la sustancia de ellas, porque, si esto no fuese, no podrían ellas durar.

Pero hay diferencia en este morar, y mucha. Porque en unas mora solo y en otras no mora solo. En unas mora agrado y en otras mora desagrado. En unas mora como en su casa, mandándolo y rigiéndolo todo, y en otras mora como extraño en casa ajena, donde no le dejan mandar ni hacer nada.

El alma donde menos apetitos y gustos moran propios es donde él más solo, y más agrado, y más como en casa propia mora, rigiéndola y gobernándola. Y tanto más secreto mora, cuanto más solo» (91).

Este texto tan capital impone una conclusión por demás evidente. Por su parte la ascética del Carmelo ha sido lógica «hasta el fin»: cuanto hemos dicho y diremos a continuación es una prueba palmaria.

Además de esta conclusión de índole general, la realidad de la presencia de Dios justifica un ejercicio particular de vida interior que busca hacer a las almas cada vez más conscientes de este hecho consolador. Todo tratado de formación carmelitana da a esta práctica de la presencia de Dios una importancia fundamental y le atribuye una eficacia sin par (92).

La presencia de Dios como ejercicio ascético es una aplicación de la mente al Señor. Esto comporta dos elementos: el primero es una representación interna de Dios, de la Humanidad de Cristo o de otro objeto espiritual por el estilo; el segundo es una adhesión amorosa de nuestra mente y de nuestro corazón a Dios y a los demás objetos representados.

Esta adhesión afectuosa es la parte más importante de la presencia de Dios, y sin ella aun las más bellas representaciones serían de escasa utilidad.

Bien esclarecido así el carácter afectivo, y por lo mismo unitivo, de este ejercicio, todo se desenvuelve con grande suavidad y libertad.

El objeto de nuestra aplicación podrá ser Dios mismo, sus misterios y la vida de Cristo, y cualquiera otra realidad que por su naturaleza o por cualquiera otro motivo sea capaz de elevar el pensamiento a Dios.

El modo de la representación depende del alma. Podrá valerse de la imaginación o del entendimiento en consonancia con sus preferencias actuales o disposiciones íntimas, con tal que llegue a provocar la adhesión afectuosa.

En la presencia de Dios no tiene valor la sublimidad o espiritualidad de la idea, sino el consiguiente impulso amoroso.

Cada alma conserva en este ejercicio plena libertad y es un error atarse de un modo rígido a programas o esquemas prefabricados. Lo único que nuestros Maestros piden es una suave y constante afectuosidad. Con este fin insisten en que los actos sean frecuentes, recomendando el saber aprovecharse de cualquiera criatura para excitar el dulce recuerdo de Dios.

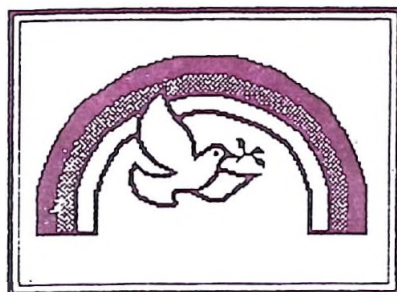
Dentro de estas líneas esenciales cada alma seguirá una conducta personal con sus preferencias particulares y su propia sensibilidad. Para las almas carmelitanas la elevación característica de la doctrina de nuestros autores y la profundidad del ascetismo purificador facilitarán—a través de la presencia de Dios—asimilaciones amorosas y sustanciosas de los dogmas de la gracia, de la inhabitación divina y del Cuerpo Místico de Cristo.

El espíritu con que se vive la presencia de Dios en el Carmelo presenta dos vertientes. A veces aparece como un medio dispositivo y preparatorio a la oración; otras veces, en cambio, se presenta como una oración continuada.

Ninguna de estas dos perspectivas es ilusoria u opuesta; al contrario ambas a dos manifiestan hermosamente la concepción unitaria que el Carmelo tiene de su ascética del recogimiento. El retiro y el silencio le sirven de atmósfera, la presencia de Dios es su vida, la oración su acto propio y perfecto.

Por esto la vida carmelitana tiene su centro en el ejercicio de la oración. ¿No manda la Regla: «Meditar día y noche en la ley del Señor, y velar en oración?...»





PENTECOSTES PARA ESTOS «POBRES ORANTES»...

En «aquel tiempo» hacía falta, estaba prometido, y llegó Pentecostés.

Pero también estamos muy necesitados del Espíritu Santo en estos tiempos de «después de Pentecostés». Muchos lo necesitamos mucho. Por eso conviene que pidamos...

Pentecostés para los «orantes cómodos»:

Los «dulcemente orantes». Aquellos que utilizan en el lavado de sus ropas el suavizante más garantizado. Y ambiente climatizado en oficina y coche. Y colchones de nudos en sus sueños. Y tienen su oportuna pastillita para cada inoportuna dolencia. Y buscan, por lo mismo, iglesias calentitas en las que se celebren los cultos «de su talla». Y son expertos en crear «ambientes de oración»: luminosidades indirectas, músicas sutiles, cálidas moquetas, palabras dulces y dinámicas verdaderamente primorosas...

¡Pentecostés para estos pobres orantes!

A ver cuando se enterarán de que Jesús sudó sangre orando en Getsemani y la vertió toda entera mientras oraba cosido a unos maderos. Todos tenemos algo de orantes cómodos. Ven, Espíritu, y enséñanos que regalo y oración no se compadecen; que hay que quemar mucho dentro de nosotros y soportar muchas tentaciones en el retiro del desierto y velar muchas noches oscuras y sufrir como propios los agravios al Amigo y a todos los hermanos y tener una determinada determinación de no tirar la toalla suceda lo que suceda. Y esto es muy duro y requiere entrenamiento.

Pentecostés para los «apenas orantes»:

Para esos que sólo saben que Cristo y la Virgen son unas «cosas para besar»: que la Misa es una costumbre en decadencia; que antes de ir a pasar la tarde en ese restaurante famoso que se anuncia como muy apropiado para «celebrar bodas, comuniones y bautizos» se suele pasar media hora por la iglesia; que tras la muerte suele haber un funeral.

Veinte siglos de Nuevo Testamento, apenas si han calado en estos hermanos nuestros «apenas orantes». Pentecostés para ellos. El Espíritu va a tener que entrar en ellos en forma de viento muy huracanado para limpiar su agenda de tanta baratija, su cerebro de tanto topicazo y su corazón de tanto egoísmo.

¡Pentecostés para estos «apenas orantes»! Sólo el Espíritu puede abrirles al sinsentido de no «tratarse» con ese Dios en quien dicen creer.

Pentecostés para los «demasiado orantes»:

«En aquel tiempo» ya los había. Y los hay también en éste.

No han cambiado su forma de ser. Recordad: «Dos hombres subieron al Templo a orar. Uno era fariseo... se plantó y se puso a hacerlo de esta manera: Dios mío, te doy gracias por no ser como los demás: ladrón, injusto, adúltero... Ayuno dos veces por semana, pago el diezmo de todo lo que gano... (Lc 18, 9).

O aquellos otros a los que se refería Cristo cuando decía «que son amigos de rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para exhibirse ante la gente» (Mt 6, 5). O los otros que, según El mismo, se imaginan que por hablar mucho les harán más caso» (Mt 6, 7). O los que se contentan, simplemente, con mucho decir «¡Señor! ¡Señor!...» (Mt 7, 21).

Lo mismo que ahora. Pentecostés para estos «demasiado orantes»: los que pretenden tener el monopolio de la amistad con Dios; los que tratan con Dios porque no hay nadie que sea capaz de tratar con ellos; los que rezan y rezan por los desgraciados pecadores y por los pérfidos judíos, que siempre son, como se intuye, los del pueblo de al lado.

Que el Espíritu les sugiera que las primeras palabras que debere-
mos siempre pronunciar al iniciar nuestra oración deberán ser éstas:
«Yo pecador...».

Pentecostes, en fin, para los «auténticos orantes»:

Que siempre los hubo, los hay y los habrá.

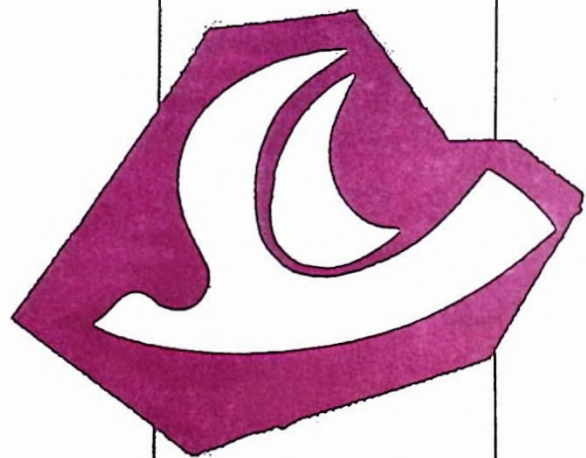
Porque siempre pueden orar más, aprender a orar un poquito mejor.
Y aprender y lanzarse a enseñar a hacerlo con mayor intensidad.

Toda oración es un trato de amistad y toda amistad tiene una historia. Al principio, uno cree que orar es cosa de proponérselo. Sólo, poco a poco, va uno comprendiendo que «orar es cosa de pedirlo». «Es el Espíritu quien nos enseña a orar», nos dice Pablo, Rm 8

Del «pedir para uno mismo», se va pasando a «pedir por los demás». Del sólo «pedir», al «agradecer», «alabar» y «adorar». De la repetición de «fórmulas aprendidas», a la manifestación sencilla y espontánea de palabras «salidas del corazón». De la oración «metódica» a la quietud, «libre y despreocupada» de quien mira con amor y se siente amorosamente mirado. Del mucho «hablar», al sólo «escuchar»....

¡Pentecostés, también, para estos «auténticos orantes»! Para estos que oran «porque Jesús oró», «como Jesús oró» y «para lo que Jesús oró». Que el Espíritu de Jesús les zarandee como a El por el camino que va desde la montaña de la contemplación hasta el valle de la multitud que con ellos recorre la vida.

Y para que, como Juan de la Cruz, nos adviertan a los «muy activos, que pensamos conquistar el mundo con nuestras predicaciones y ajetreos, que mucho más provecho haríamos a la Iglesia, y mucho más agradaríamos a Dios —dejando aparte el buen ejemplo que daríamos— si gastásemos siquiera la mitad de este tiempo en estarnos con Dios en oración, aunque no fuese muy perfecta».



LA EUCARISTIA EN LA VIDA CRISTIANA



En la visita que hizo a España el Santo Padre en 1982, asistió a una vigilia impresionante con la Adoración Nocturna Española.

La alocución del Papa en aquella memorable «Hora Santa» puede considerarse como un gran discurso sobre la Sagrada Eucaristía.

Sin embargo, creería personalmente que la doctrina eucarística proclamada por Juan Pablo II en España no se presentaría en su totalidad, si no se tiene también presente la parte introductoria de la homilía de la Misa celebrada en el Nou Camp en Barcelona (7 de noviembre de 1982).

to en la Cruz por su misma perfección infinita. Sería una ofensa a la suficiencia de su valor salvífico postular su repetición. La entrega de Jesús y su muerte en la Cruz nos han salvado plenamente por lo que a El corresponde; sólo falta que nosotros nos abramos a esa salvación con nuestra conversión personal. Por ello, no tendría sentido alguno que la acción salvadora se repitiera.

Pero no puede olvidarse que los mismos dolores y sufrimientos de la

Cruz sólo tuvieron valor redentor porque fueron ofrecidos por Jesús al Padre. Sólo el hecho de que detrás de sus padecimientos hay un corazón que ama y ofrece, los hace salvíficos.

Es importante —como subraya el Papa— que Jesús puso ese acto de ofrecimiento de su cuerpo y de su vida al Padre «al entrar en el mundo por la Encarnación (cf. Heb 10,5)» (Nou Camp, n. 1). Ahora que tanto se discute sobre el aborto, es sugestivo recordar que Jesús concebido y no nacido, en el seno de María, comienza a tener una vida humana que ofrece por nuestra salvación. Es entonces cuando dijo: «No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo. Los holocaustos y sacrificios por el pecado no los recibiste. Entonces yo dije: Heme aquí que vengo —en el volumen del Libro está escrito de mí— para hacer, «¡oh Dios!, tu voluntad» (Heb 10,5ss). De este modo, Jesús mira a la Cruz, la acepta y la ofrece

El sacrificio de la Misa

En efecto, con rasgos breves, pero muy vigorosos, el Papa expuso en el Nou Camp una profunda teología sobre el aspecto sacrificial de la Misa. Partiendo del pasaje de la carta a los Hebreos que había constituido la segunda lectura de la Misa de aquel día (Heb 9,24-28), el Santo Padre explicó cómo y por qué la Misa es un sacrificio en el que se «hace presente de nuevo» el sacrificio de la Cruz.

La muerte de Cristo en la Cruz es un acontecimiento histórico que sucedió en un determinado lugar (el Calvario) y en un determinado momento datable concretamente, al menos con aproximación (hace 1.950 años). Un suceso histórico tan concreto y singular ni se repite de hecho ni puede repetirse. La misma carta a los Hebreos tiene, como uno de sus temas favoritos, la insistencia en esa unicidad del sacrificio redentor: «Sólo una vez» (cf. Heb 9,26s). La carta a los Hebreos subraya la no iterabilidad del sacrificio de Cris-





desde el primer momento de su vida terrena.

Esta actitud de ofrecimiento de sí «da unidad de sentido a toda su vida terrena» (Nou Camp, n. 1). El marco externo de la vida de Jesús cambia incesantemente: Belén, huida a Egipto, Nazaret, pérdida y hallazgo en el templo, vida pública con sus variantes escenarios del lago, del campo y de las aldeas, y finalmente los acontecimientos que en Jerusalén desembocan en la Pasión. La mirada de Jesús está fija en el Calvario y en la Cruz; su Corazón los ofrece por nosotros ya antes de que lleguen.

El acto de ofrecimiento acompaña a sus sufrimientos y su muerte. Ya hemos dicho, siguiendo al Papa, que es eso lo que «les dio valor redentor que sin ese acto de oblación no habrían tenido» (Nou Camp, n. 1).

Pero ulteriormente, una vez resucitado y subido al cielo, Jesús no cambia el sentido de su vivir. También a la derecha del Padre, a lo largo de los siglos, incesantemente, «Jesús sigue ofreciendo al Padre los dolores ya pretéritos de la Pasión» (Nou Camp, n. 1).

La carta a los Hebreos, punto de partida de las reflexiones del Papa

en la homilía de Barcelona, ha explicado esta actividad permanente de Cristo resucitado utilizando, como esquema explicativo, la liturgia judía veterotestamentaria del Kippur, del día de la Expiación. En ese día, «Las víctimas inmoladas se quemaban fuera del campamento» (Nou Camp, n. 1). También Cristo quiso ser crucificado en el monte Calvario fuera de las murallas de Jerusalén (cf. Heb 13,11 ss). Pero de modo semejante a como el sumo sacerdote judío entraba ese día en el *Sancta Sanctorum* para presentar a Yahveh la sangre derramada de los sacrificios, Cristo, que es el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, «resucitó y subió a los cielos, para entrar así en el santuario celeste y presentar al Padre perennemente la sangre que un día derramó sobre la cruz» (Nou Camp, n. 1).

En la consagración de cada Misa es este Jesús el que se hace presente como está actualmente en el cielo, es decir, con ese acto de ofrecimiento de los dolores que un día sufrió en el Calvario. Si en ese momento, todos nos postramos de rodillas, no es sólo para adorar al Señor que se hace presente, sino porque nos sentimos abrumados ante el misterio del Calvario, presente ante nosotros no en su derrama-

miento de sangre (que es un acontecimiento que pertenece ya irrevocablemente al pasado), pero sí en su elemento más esencial: el ofrecimiento de aquellos sufrimientos que les dio valor moral ante el Padre.

La posibilidad de unir nuestro sacrificio al de Cristo

La cercanía que el sacrificio único de la Cruz adquiere así para nosotros, los hombres de cada generación, nos permite una adhesión inmediata a él. Podemos sumar nuestra ofrenda no sólo al sacrificio históricamente ya lejano del Calvario, sino a ese mismo sacrificio en el momento en que se hace presente de nuevo ante nosotros. El ofertorio, cuya importancia, como paso humano de entrega, subrayó Juan Pablo II en su carta de Jueves Santo de 1980, tiene que ser la ocasión en que cada cristiano que asiste a la Misa, pone su corazón sobre el altar. El pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre, que entonces se presentan como ofrenda, son símbolos de ese deseo de entregarnos.

Pero, terminado el ofertorio, somos conscientes de la insignificancia de cuanto hemos colocado sobre el altar. ¿Qué es para Dios ese poco de pan o ese poco de vino que le hemos ofrecido? Incluso, incluso, ¿qué son nuestros pobres corazones, pequeños y miserables, cuya entrega hemos querido simbolizar con esos dones terrenos?

Dios viene en nuestro auxilio. Al convertir nuestras ofrendas, el pan y el vino, en el Cuerpo y la Sangre de Jesús vivo que sigue ofreciendo su Pasión y muerte del Calvario, nuestra entrega, expresada en aquellos dones del ofertorio, queda ahora unida al Corazón del Señor que está ofreciéndose al hacerse presente sobre el altar.

De este modo, «nuestra humilde entrega —insignificante en sí, como el aceite de la viuda de Sarepta o el óbolo de la pobre viuda— se hace aceptable a los ojos de Dios por su unión a la oblación de Jesús» (Nou Camp, n. 1).

Presencia real y adoración

Como es obvio, sólo es posible mantener que el sacrificio de la Cruz en su elemento más esencial se hace de nuevo presente en cada Misa, si la afirmación misma de la presencia verdadera, real y sustancial de Cristo en la Eucaristía se afirma con claridad, es decir, si está verdaderamente presente Aquel que se ofrece. «Dios está aquí», asevera el más popular de nuestros cantos eucarísticos, como el Papa evocó al comenzar su alocución a la Adoración Nocturna.

No se trata de un caso más de la omnipresencia de la Divinidad, sino de «la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en este sacramento, con su Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad, bajo las especies consagradas» (A la Adoración Nocturna, n. 1). La cercanía de la Encarnación, en virtud de la cual «el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros» (Jn 1,14), se hace cercanía a cada uno de nosotros, pues en la Eucaristía «ha querido quedarse entre nosotros "hasta la consumación del mundo" (cf. Mt 28,20)» (A la Adoración Nocturna, n. 1).

Gracias a la Eucaristía, Jesús no fue sólo hombre que vivió en Palestina hace casi dos mil años, sino que es mi contemporáneo y mi conciudadano, quizás incluso vecino de mi misma calle o de mi misma casa.

Las palabras de Jesús en la última cena «Esto es mi cuerpo», «Esta es mi sangre», obligan a afirmar con fe una presencia real de Cristo en la Eucaristía «no sólo durante la celebración del santo sacrificio, sino mientras subsisten las especies sacramentales» (A la Adoración Nocturna, n. 3). En efecto, el verbo «ser» no indica algo transitorio, sino lo permanente. Pero un Jesús permanentemente presente nos espera continuamente. «No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración» (A la Adoración Nocturna, n. 4). Aquella santa obsesión del gran Obispo de Málaga y Palencia que fue don Manuel González, el Obispo de los Sagrarios abandonados, encuentra en estas palabras del Papa plena justificación.

La Eucaristía es «el don más

grande que Cristo ha ofrecido y ofrece permanentemente a su Esposa» (A la Adoración Nocturna, n. 2). «Es nuestro mayor tesoro» (A la Adoración Nocturna, n. 2). Jesús presente nos consuela en nuestros trabajos y luchas. «Ante la sagrada Hostia volvemos a escuchar las dulces palabras: «Venid a mi todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré» (Mt 11,28)» (A la Adoración Nocturna, n. 3).

Un don tan excelente es, sin duda, efecto del inmenso amor de Cristo hacia nosotros. Y porque «amor con amor se paga», todo encuentro eucarístico con Jesús tiene que ser «un encuentro de amor. Por eso resulta imprescindible acercarse a El con devoción y purificados de todo pecado grave» (A la Adoración Nocturna, n. 3). Sin duda, ello es absolutamente indispensable para ese encuentro supremo con Jesús eucarístico que tiene lugar en la comunión. La indicación de San Pablo es terminante: «Examinese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y

beba del cáliz» (1 Cor 11,28). Estas palabras expresan, al menos indirectamente, la conexión existente entre el sacramento de la Eucaristía y el de la penitencia. Pero el Papa habló en Madrid en términos mucho más generales. Supone que incluso el hombre en adoración se sentirá obligado a purificarse sacramentalmente. Apelaba a la experiencia de tantos y tantos adoradores: «¡Cuántas veces la noche de adoración silenciosa podrá ser también el momento propicio del encuentro con el perdón sacramental de Cristo!» (A la Adoración Nocturna, n. 4).

Ulteriormente, porque Cristo quiere también ser reconocido en los hermanos, la auténtica piedad eucarística se traducirá «en un amor verdadero a todos los hombres, empezando por quienes están más próximos». (A la Adoración Nocturna, n. 3). El hombre de sagrario será el hacedor de paz en el sentido evangélico del término (cf. Mt 5,9).

C. POZO, S.J.
R.C.





Por J. Fernández O.C.D.

A NUESTRA SEÑORA DEL MONTE CARMELO

CERCANOS a la festividad del Carmen, en su advocación originaria Santa María del Monte Carmelo, una consideración reposada de esta advocación mariana, de lo que en sí puede encerrar, suscita, sin duda, una mayor admiración y estima de la figura de María.

Santa María del Monte Carmelo. Te hemos puesto a lo largo de los siglos el sobrenombre de todo lo bueno y hermoso, porque Tú lo encarnabas todo: Santa María de la Luz, del Aire, de las Estrellas, del Agua, del Mar... y también se encuentran en Ti los encantos del Monte y de un monte tan bíblico y tan místico como el Carmelo.

Santa María del Monte. Porque eres Señora de las cumbres, de las alturas, de las cosas sublimes. La única que siendo Tierra y de la tierra toca ya el Cielo y en él se pierde. Por eso eres el orgullo de nuestra raza, la alegría de nuestras llanuras y el faro luminoso para nuestros mares. De este Monte nos llega aire puro, agua y cobijo para nuestros valles, nuestros valles de lágrimas.

Monte alto y sublime. El mirador de Dios, desde don-

de contempla todas sus maravillas y se complace de todas nuestras bajezas. Parada obligatoria para los que escalan el misterio amoroso del Dios Salvador.

Cuando te llamo así: "del Monte" y de ese monte de la Tierra Santa de Dios, vienen a mi mente todos los montes de su Sagrada Historia y te veo en todos ellos. Te veo en Moría y en el Sinaí, Señora del Sión y del Horeb. En ti contemplo el Monte de las Bienaventuranzas, la encarnación de su mensaje, te veo en el Tabor y en el Calvario, sobre todo en el Calvario.

¿No eres Tú, acaso, heredera de la fe de Abraham y culminación de su obediencia? Zarza incombustible de un nuevo Sinaí por donde Dios ha pasado y ha llegado hasta nosotros. ¡Cómo se deleitaba la primitiva Iglesia en llamarte así! y nosotros en llamarte fuerte como la fortaleza de Sión y hermosa como el Carmelo...!

Y no estabas ausente del Tabor, porque eres la Reina de las alegrías, de la Contemplación de Dios. Dan ganas de acampar en Ti para gozar de su presencia!

Pero también eres Reina del Calvario, de los dolores, de las agonías, de los martirios y de las duras pruebas; ahí, en la cima y junto a la cruz de tu hijo, pararrayos de la cólera divina atraída tan implacablemente por nuestros pecados.

Por eso encarnas tan admirablemente la nueva ley de tu Hijo

en el Monte. Porque siendo la pobre, la Esclava del Señor reinas en los cielos, humilde y sencilla todos los siglos te bendicen y transida de dolores te llaman consoladora de afligidos. Tú, la hambrienta de la palabra de Dios y de su cumplimiento hasta el punto de ser hecha Madre del Señor, Madre de Misericordia mimada por la mano del Misericordioso. Tú, la Purísima que puede mirar a Dios sin temor y la Madre de todas las pruebas y Reina de la paz que ha merecido ser Madre de Dios.

Santa María del Monte, que hermosa eres, cuántas hermosuras confluyen en Ti! Por eso también te llamas "del Monte Carmelo". El Monte de la Hermosura, de la fertilidad, de los mejores frutos, para la más Hermosa, la obra maestra de Dios, la rosa escogida de su Jardín. Compendio admirable de todas las delicias, de todas las virtudes y perfecciones. Por eso un hijo tuyo. Juan de la Cruz, puso tu nombre al monte que hemos de subir para llegar a Dios, porque Tú, la orante, la oferente, la que todo lo medita en su corazón eres la Madre y Guía de los que buscan a Dios.

Con toda la Iglesia te pido: Danos tu "ayuda y ejemplo para escalar la cima del Monte de la Perfección que es Cristo". ■

Pensamientos de espiritualidad

VIDA INTERIOR

● No hay nada que tema tanto el demonio como la oración, y lo que con más ahinco pretende destruir en las almas es el espíritu de la oración mental.

San Felipe de Neri

SAGRADO CORAZON DE JESUS

● Cuando un alma me ama y está dispuesta a consolar a Mi Corazón, Yo estoy dispuesto a darle cuanto me pide. Al alma que todo lo espera de Mi, Yo no puedo negarle nada.

*Nuestro Señor
a Sor Josefa Menéndez*

● Este Divino Corazón me prometió para todos aquellos que se le consagran, que los recibiría amorosamente, asegurándoles su salvación y tomando cuidado especial de santificarlos y de hacerlos grandes ante nuestro Padre Celestial en la misma medida en que ellos se preocupasen con sacrificio en extender el reinado de su amor en los corazones.

*Santa Margarita Maria
de Alacoque*

CARIDAD, AMOR DEL PROJIMO

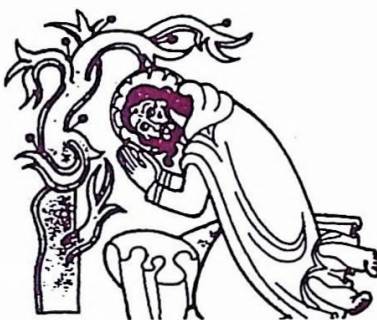
● Cuidemos mucho de no hablar mal de nadie, ni de dentro ni de fuera, porque el enemigo pone anteojos dobles y expedita la lengua para hacer perder la paz y la unión.

*Santa Micaela
del Smo. Sacramento*

CARIDAD, AMOR DE DIOS

● Señor, yo no quiero ir en pos de Ti por los consuelos que me otorgáis, sino sólo por verdadero amor. ¿Querrás tú acaso atraerme hacia Ti con esas dulzuras? Yo no las quiero, porque nada quiero excepto a Ti y sólo a Ti.

Santa Catalina de Sena



● El alma que me ama verdaderamente, ama a su prójimo, porque el amor de Mi y el amor al prójimo son una sola y misma cosa y la medida de vuestro amor al prójimo es la medida de vuestro amor hacia Mi.

*Nuestro Señor a Santa Catalina
de Sena*

SANTIDAD-PERFECCION

● Si tú me quieres amar perfectamente, es necesario que hagas tres cosas en las cuales consiste toda perfección del verdadero «Amor» y así cumplirás mi voluntad.

Primero: Es necesario que quites, purifiques, despojes, mortifiques tu voluntad de todo amor terreno, de tal modo que ninguna cosa ames ya en esta vida, sino por mi «Amor». No quiero que me ames a Mi por ti, ni a ti por ti, ni al prójimo por ti, sino que quiero que me ames a Mi por Mi, a ti por Mi y al prójimo por Mi...

Segundo: Cuando cumplas lo primero que es mi voluntad..., podrás venir a lo segundo, que es de mayor perfección, es decir, que en todas tus obras buenas a las que has sido llamado, dirijas tu intención simplemente a mi honor y gloria y continuamente la desees y la ansies..., y procures en todos los medios posibles con oraciones, con palabras y con obras que todos me conozcan y lleguen a amarme y honrarme. Y ésta es mi voluntad y complacencia...

Tercero: Cumple lo tercero y serás perfecto, es decir, que en todo deseo desees, busques, procures llegar a toda aquella perfección que he dispuesto y ordenado conceder-

te con los debidos medios antes de que tú nacieras.

Harás esto, si llegas a tan perfecta unión y transformación de tu voluntad con la mía, que no solamente no quieras el mal, mas ni siquiera el bien, sino aquello que yo quiero. Cuanto más te dejes en Mi, tanto más te ayudo. Haz esto y cumplirás mi voluntad.

Santa Catalina de Sena

● Los santos no nacieron santos; llegaron a la santidad después de una larga continuidad de vencimientos propios.

*Santa Micaela
del Smo. Sacramento*

● No hay vicio con que el demonio lleve más fácilmente a un alma, aunque consagrada al divino servicio, a la muerte espiritual y a la eterna perdición, que el de pretender regirse por sí misma sin la dependencia y consejo de personas experimentadas.

Casiano

● Todo cristiano está obligado a aspirar a la perfección. Cuando digo «cristiano», es lo mismo que si dijere «perfecto».

San Ambrosio

● ¿Qué dirías de un hombre que trabajase el campo de su vecino y dejase el suyo sin cultivar? Esto es precisamente lo que hacéis cuando os ocupáis de las faltas de vuestro prójimo y os olvidáis de las que gravan vuestra conciencia.

Santo Cura de Ars

● La perfección «consiste en tener el alma de manera que no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios; sino que en todo y por todo su movimiento sea voluntad solamente de Dios».

San Juan de la Cruz

● La precipitación es la muerte de la devoción.

San Francisco de Sales

7 de marzo de 2012

NOTICIAS DEL CARMELO

Padre Luis Miranda
Parroquia Santa Teresita
Calle Loiza Núm. 2059
San Juan, PR 00910

Estimado padre Luis:

Con el propósito de hacerle llegar, aunque un poco tarde, la semblanza que se le hizo a Socorro en el Pueblo de Gurado, y esperando que en algún momento se publique algo de ella en el Boletín Mensual de la orden. Le detallo la información que fue redactada a favor de Socorro (Gurabo):

Semblanza - 04-28-11 - Carmen Socorro Nuñez Rivera

Reconocimiento por su dedicación en la literatura y Bellas Artes. Maestra de teatro relacionada con la cultura. Final de semblanza.

Escritora del libro de Poemas **Compartiendo la dicha**. Recibió el Grado de Maestría en la Universidad de Puerto Rico en Artes de la Educación Concentración en Adm. y Supervisión Escolar y tomó cursos hacia la Maestría en teatro, en la Universidad de "New York"

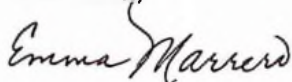
Preparación de dos años en la Venerable Orden Tercera de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo. Profesó el 27 de mayo de 2000, su nombre de Profesa es Maria Faustina de la Misericordia. Fue maestra de novicias en la Comunidad de María Flor del Carmelo y participaba activamente en la misma orden.

Perteneció activamente en la Comunidad de los Oblatos de la Comunidad María Kerit de la tercera orden del Carmen desde 19 de junio de 2001. Luego enfermó y ya usted sabe resto de su condición.

Le mando mis saludos y un abrazo, y con la esperanza de que nuestra hermana en su enfermedad se le haga este reconocimiento en nuestra orden en la publicación del Boletín Mensual.

Gracias por su gestión, queda

Cordiamente,



Emma Marrero
Teresa de Jesús de los Angeles Custodios (Com. María Kerit)



Hna. Carmen Socorro Nuñez Rivera (María Faustina de la Misericordia)

FELICITAMOS A LOS HERMANOS
DE LA COMUNIDAD DE SAN JOSÉ DE
TRUJILLO ALTO POR SU CLAUSURA DEL
AÑO JUBILAR, CON MOTIVO DEL 25
ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN
CANÓNICA DE LA COMUNIDAD DE

San José

PROFESION INTERCOMUNITARIA SABADO 9 DE JUNIO 2012 FELICIDADES A LOS PROFESANDOS

*Venerable Orden Tercera de los Hermanos
de la Bienaventurada Virgen María
del Monte Carmelo
— Consejo Nacional —*

Santa Teresita
Calle Loiza 2059
Santurce, Puerto Rico 0911